

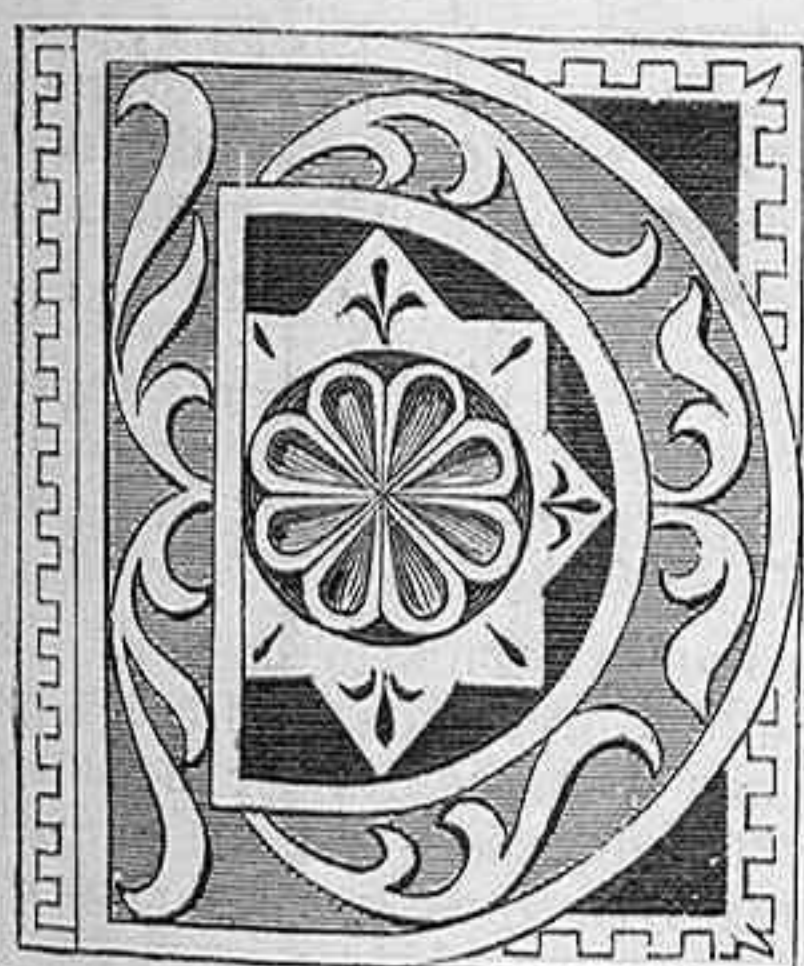


NUM. 52. PRECIO DE LA SUSCRICION.—MADRID: por números sueltos á 2 rs.; tres meses 22 rs.; seis meses 42 rs.; un año 80 rs.

MADRID 12 DE AGOSTO DE 1866.

PROVINCIAS.—Tres meses 28 rs.; seis meses 50 rs.; un año 96 rs.—CUBA, PUERTO-RICO Y ESTRANJERO, AÑO X. un año 7 pesos.—AMERICA Y ASIA, 10 á 15 pesos.

REVISTA DE LA SEMANA.



Después de firmados los preliminares para el convenio entre Austria y Prusia, aguardábase con gran interés la apertura de las Cámaras en Berlin. La situación especialísima en que se encuentra Mr. Bismark respecto al partido liberal prusiano, dejaba presumir que el discurso del rey vendría á proponer la fórmula de una transacción entre las oposiciones y su ministro responsable. Por otra parte, como todo el tiempo que ha mediado desde la victoria de Sudowa, que definitivamente zanjó la cuestión alemana á favor del rey Guillermo, hasta el día, no han cesado los forjadores de hipótesis y cálculos políticos de suponer al gabinete de Berlin animado de las mas absurdas esperanzas y lleno de deseos exageradamente ambiciosos, esperábase asimismo que el mensaje de la Corona á las Cámaras había de desenvolver la idea de una política invasora y dominante, en cuyo fondo se dejase adivinar el proyecto de unificar la Alemania, bajo la égida de Prusia.

Las Cámaras de Berlin se han abierto al cabo y el rey Guillermo ha pronunciado el discurso, que por despachos telegráficos se comunicó en resumen á toda Europa, y del cual ya tenemos el texto íntegro. En la cuestión de la guerra actual los curiosos van de sorpresa en sorpresa. Mr. de Bismark, manteniéndose en un límite respetuoso ante la representación del país, ruega por medio del rey se legalicen sus actos pasados, escusándolos con la necesidad de disponer

los medios conducentes á un resultado tan satisfactorio para la causa nacional como el que ha obtenido. Un bill de indemnidad que presentarán los mas adictos al gobierno, y que indudablemente votarán por aclamacion los diputados prusianos, pondrá término á la enojosa lucha que hace tiempo sostenian entre sí los representantes del pueblo y el gabinete.

Respecto á planes futuros que se relacionan con la política exterior, el discurso del rey es muy sóbrio de palabras, y si en realidad puede sospecharse otra cosa, al menos en la apariencia es franco y explícito. Prusia, satisfecha con la posición en que se ha colocado, merced á sus recientes victorias se limitará á solidificar su obra estrechando los lazos que han de unirla á los Estados de la Confederación del Norte. Una política prudente y pacífica, podrá permitirle atender al cuidado de la Hacienda y de sus intereses materiales, profundamente lastimados á consecuencia de la guerra que acaba de sostener.

En Austria la cuestión cambia completamente de aspecto. Mientras el partido liberal prusiano transige con Bismark y acepta, quizá gustoso, una limitación de sus pretensiones á cambio de gloria, en Viena comienza á temerse que la efervescencia producida en algunos pueblos á la noticia de la paz se transforme en principio de una revolución, que concluya por desgarrar en girones el imperio.

Ante una situación vencida, todos los partidos son exigentes. Húngaros y polacos piden á trueque de la humillación sufrida por la colectividad de que forman parte, nuevas y nuevas concesiones en el sentido de la independencia á que aspiran.

Todo lo que en Prusia son preludios de unidad y concordia, se ha convertido en Austria en síntomas de futuros conflictos y de inevitables pugnas de intereses.

El golpe está dado. Si Austria permanece abandonada á sí misma en medio de las grandes potencias que la cercan y que asisten con el arma al brazo á su agonía, su muerte y su descomposición serán seguras.

Los partidarios á toda costa del equilibrio europeo, *suprema lex* en el arreglo de las cuestiones internacionales en la época presente, esperan aun que la caída del imperio austriaco no ha de llegar á consumarse, toda vez que cayendo se rompería la maravillosa máquina que tanto empeño hay en sostener. Fran-

cia, dicen, que acaso está arrepentida de su obra, y que en un porvenir no lejano sería posible que coaligada con Francisco José, tornase las cosas á su primitivo estado. La presunción de los que así piensan no está del todo fuera de los límites de la verosimilitud, pero lo cierto es que el juego nos parece peligroso para repetido muchas veces. Francia protesta una vez y otra de su desinterés al mezclarse como mediador en la lucha, y por nuestra parte creemos que en esta ocasión lo será á la manera de la zorra de la fábula en presencia de las uvas que calificaba de verdes. Si como esperaba con algun fundamento hubiera sido necesaria su intervención material, las cosas pasarían de otro modo, pero el cálculo salió fallido y tendrá que aguardar otra ocasión para volver á su eterno tema de las fronteras naturales.

Algunos publicistas franceses haciéndose cargo de este asunto parece como que desentrañan el fondo de la política imperial y advirtiendo á Prusia de ese peligro no lejano tratan de inclinar su ánimo á una compensación que le aseguraria el porvenir por esta parte. Esta es una idea de un autor aislado, de un caballero particular como diríamos nosotros; pero ¿á quien se oculta que en Francia no se escribe mas que lo que al emperador importa que germine y cunda?

Tal es, al mediar la semana, el aspecto que presenta esta enredada cuestión que se desembrolla lentamente y que nadie sabe si aun después de ajustada la paz podrá entenderse. Dejándola por ahora á un lado hasta que nuevos acontecimientos aporten mas luz á sus oscuras sinuosidades, vamos á compendiar en algunos renglones las noticias que por varios conductos se han recibido de America.

En Chile la elección del nuevo presidente ha dado lugar á escenas de desorden que patentizan hasta qué punto se encuentran divididas las parcialidades que ni en circunstancias como las que atraviesan saben acallar sus pasiones. Después de una encarnizada lucha de intereses, en la que mas de una vez ha intervenido la fuerza para dar valor á los argumentos, el partido que desea la guerra con España, que sino es el mas numeroso é ilustrado es el mas alborotador é intransigente, ha vuelto á sacar triunfante de las urnas el nombre del presidente Perez. La llegada de los buques *Huascar* é *Independencia* ha contribuido mucho á este éxito, pues con este refuerzo se hacen la ilusión de que podrán resistirnos con ventaja. En el Perú no andan las

cosas mucho mejor para los intereses comerciales del país.

El tiempo que les ha dejado libre nuestra escuadra, en vez de emplearlo en reponerse y prepararse de una manera conveniente á resistir el formidable ataque de nuestras fuerzas, que no tardarán en presentarse de nuevo ante sus costas, lo pierden en luchas intestinas y en recriminaciones estériles. Poco á poco la verdad se va abriendo camino, y á pesar de las fiestas y los banquetes con que se celebró, lo que ellos llaman defensa del Callao, á muy pocos se oculta que la acción fue un verdadero revés para los peruanos. El dictador Prado conociendo que se le escapa de entre las manos el poder en que á tanta costa se sostiene, se ha echado por completo en brazos del partido exaltado hiriendo el sentimiento religioso de los pueblos con sus pretendidas reformas.

En tanto que nuestros enemigos luchan y se desgarran entre sí, la escuadra española surta en las aguas de Rio Janeiro se dispone á entrar de nuevo en campaña llena del mayor entusiasmo y en la Península se preparan refuerzos considerables para poner término de una vez para siempre á la cuestión.

Descartadas las novedades políticas de que se ha tenido noticia durante la semana, y de las cuales dejamos apuntadas, aunque en resumen las mas dignas de fijar la atención, poco ó nada podríamos decir que despertase el interés de nuestros lectores.

La emigración á los puertos de mar de las provincias del Norte y al extranjero, continúa en grande escala. El exceso de calor de que hemos sido víctimas los que por acá hemos quedado, justifica sobradamente este afán de abandonar la corte que algunos califican de ridiculez ó capricho, hijo de la moda, y que nosotros encontramos que si es una necesidad es una necesidad muy agradable.

En balde los conciertos de Apolo intentan ofrecer una compensación á las fatigas y malos ratos de los que permanecemos firmes en la brecha desafiando los abrasadores rayos de la enojosa deidad que presta nombre al jardín, punto de cita de los filarmónicos madrileños. Barbieri es un gran maestro: su batuta como la vara mágica de un encantador, parece que tiene encadenadas á su movimiento la voluntad de los ochenta profesores que le secundan. No seremos nosotros los que escaseemos nuestros aplausos al inteligente maestro español; pero (perdónennos la blasfemia musical, así el simpático director de orquesta como los augustos manes de los grandes músicos clásicos, cuyas obras nos da á conocer tan divinamente interpretadas) sea que el calor nos embota los sentidos, sea que el ansia de una tierra de promisión distante nos obliga á tener fijos los ojos fuera de este abrasado recinto, en estas circunstancias y á la altura en que se encuentra el termómetro, preferiríamos la indefinible música de la ola que se tiende perezosa en la playa ó se rompe en las peñas llenando el ambiente de menudo rocío, preferiríamos la música de la brisa cantábrica que viene en la tarde á orear el sudor de la frente ó á agitar con su fresco soplo el extremo de las flotantes cintas del lazo que prende el cabello de las hermosas, á las combinaciones armónicas mas profundas, y á las melodías mas bellas de todos los genios del mundo.

Por la revista y la parte no firmada de este número,

GUSTAVO ADOLFO BECQUER.

LA CONSTITUCION INTERIOR DEL GLOBO.

(CONCLUSION.)

Antes de seguir adelante en el campo de las conjeturas, es preciso advertir que esta constitución ha hecho de nuestro globo una vasta máquina eléctrica por el frote de los continentes sólidos sobre el centro fluido interior, y que desde luego tenemos ya una causa que tal vez explicará el origen de las auroras boreales, que hasta el día es completamente desconocido. Todo lo que se sabe de estos fenómenos brillantes, es que provienen de la electricidad en movimiento y que por consiguiente iluminan el cielo haciendo sentir su influencia sobre la aguja á la que atormentan todo el tiempo que dura su aparición. Es en efecto un fenómeno muy extraordinario ver á una pequeña aguja magnética suspendida con el mayor cuidado de las bóvedas del observatorio de París, temblar y agitarse por el resplandor de un meteoro que no ilumina mas que las provincias del Norte de la Suecia. Respecto á esto, Mr. Babinet refiere un hecho del que él mismo ha sido testigo. Un día, un sabio viajero, Mr. Fiedler, le hablaba de sus viajes por el Norte para descubrir minas. Mr. Arago que estaba presente le preguntó si había visto muchas auroras boreales. Desde luego, contestó Mr. Fiedler, y á principios del año 1825 he visto una de un brillo deslumbrador. No me digais la fecha, replicó Mr. Arago, quiero decir la yo mismo buscándola en mi registro de observaciones de la aguja. Mientras Arago fué á examinar su registro, Mr. Fiedler escribió á petición de

aquel la fecha de la aurora boreal en el libro de memoria de Mr. Babinet. Mr. Arago volvió en seguida con su registro y señaló en él la fecha de un día en que la aguja magnética había encontrado una gran perturbación; era exactamente la misma fecha que Mr. Fiedler había escrito á petición de Mr. Arago en el libro de memoria de Mr. Babinet. En esto como en otras muchas cosas es la misma observación, si nosotros no sabemos, la posteridad sabrá.

Desde el tiempo de Laplace los matemáticos disgustados de las dificultades de la empresa parecen haber abandonado el campo de las especulaciones relativas á la forma de la tierra, á la estabilidad de los mares, al equilibrio general ó mas bien á la constancia de los movimientos de rotación del globo sobre sí mismo. Un matemático inglés Mr. Hennessy, parece sin embargo haber sentado las bases de la solución de muchos problemas tan importantes como nuevos; desgraciadamente el número de los que pueden apreciar trabajos de tal clase es muy corto.

De todos los períodos naturales, á saber, el mes lunar, el año solar y las revoluciones de los planetas, ninguno es fijo. El día solo es invariable; es la única medida exacta del tiempo. El año al presente es algunos segundos mas cortos que al principio de nuestra era. El movimiento de la luna no puede ser mas irregular. Hay, pues, que referirlo todo al día. Ahora bien, físicamente hablando, ¿puede admitirse que la rotación de la tierra que dá este período es completamente constante?

Desde luego podemos afirmar que sí, si consideramos que en las conmociones del globo las masas que se desprenden son de muy pequeña importancia con relación al globo entero, de lo contrario el movimiento de rotación de la tierra aumentaría en velocidad disminuyendo el día en duración. Ahora bien, sabemos sin temor de equivocarnos en nada que la duración del día ha sido invariable desde los principios de la astronomía hasta la actualidad, porque los antiguos han medido muchos períodos astronómicos con el día de su época y como la duración de los días de cada una de estas épocas se encuentra que es exactamente la misma que la de nuestros días del siglo actual, es preciso deducir desde luego de ello que el día ha quedado el mismo, porque sirviéndose de esta medida para el mismo objeto se encuentra el mismo resultado. Sin embargo, en la época de las grandes catástrofes y de las grandes caídas de los materiales de la superficie del globo hácia su centro, la rotación ha debido acelerarse de un modo muy perceptible. En cuanto á esto es fácil calcular el efecto que puede haber producido en la duración del día una aproximación al centro igual á 10, á 20, á 30, metros en toda la corteza del globo. La comunicación del movimiento de la parte exterior á la interior cambiando la velocidad primitiva, debe ser tambien una causa de alteración lenta en la forma del globo y en la duración de su revolución. Finalmente, admitiendo una velocidad mayor en las masas continentales deberán resultar muchos efectos curiosos de reacción entre los continentes y la masa central, segun los continentes pasen á tal ó cual parte del centro accidentalmente mas caliente, mas elástica, mas ligera ó mas compacta.

No hay tal vez nadie que no sepa que la tierra gira en derredor de un eje que pasa por dos polos ó estremidades que se hallan fijas en el cielo como en la tierra. Se ve cómo se verifica esto cuando se hace girar un globo geográfico ordinario sobre las partes que le sostienen y dirigen. Ahora, bien, este caso de la fijeza de los polos, es en mecánica un caso excepcional. Un cuerpo en rotación podría girar como una peonza balanceándose circularmente y el mismo eje de rotación giraría en un círculo alrededor de un eje fijo. Todo lo que turba la rotación de un cuerpo que gira, produce este efecto del balanceamiento en círculo del eje del cuerpo. Así, pues, este efecto ha debido producirse en el momento de la última catástrofe del globo, porque no es casi posible admitir que la precipitación de los materiales hácia la masa interior haya sido bastante regular para no dar lugar á que se balanceara algo el eje y los polos de la tierra. Hé aquí todo lo que sabemos ó mas bien todo lo que podemos presumir acerca de esto. El excelente astrónomo Mr. Peters ha creído reconocer un pequeño movimiento de balanceo de ocho centésimos de segundo en la línea de un estado medio. El período de este movimiento es de unos diez meses ó trescientos cuatro días. Esta alteración medida sobre la superficie terrestre, no sería mas que de unos 5 metros aproximadamente, lo cual es una cantidad bien mínima. El trabajo de Mr. Peters ha dado por decirlo así, la voz de alarma, y por lo tanto es muy útil; todos los astrónomos conocen la exactitud de este excelente observador.

Mr. Babinet dice al tratar de esta materia que no seríamos de nuestro tiempo si al hablar de la constitución del globo terrestre no se la considerase tambien bajo el punto industrial, y cree que la explotación del fuego central de la tierra no presenta ninguna dificultad insuperable. Esta opinión nos parece bastante extraña, y sobre todo algo atrevida, pero es digna de notarse por ser la opinión de un hombre de conocida reputación.

El calor es uno de los agentes mas poderosos; un poco de carbon basta para sustituir el trabajo de un hombre durante todo un día. Con el fuego se vencen los inconvenientes del clima, se modifican las sustancias alimenticias, se activa el crecimiento de las plantas y se hace posible un cultivo que no permitiría el clima, se compone y se descompone todos los cuerpos. Prometeo al dar el fuego al hombre le dió el imperio del mundo y la multiplicación indefinida de su raza. Se podría, pues, ir á tomar al seno de la tierra este elemento precioso que tanto abunda en ella. La tierra tiene sus minas de oro, de plata, de cobre, de hierro, de sal y de carbon, pero toda ella no es, por decirlo así, mas que una vasta mina de calor.

Para aprovechar este fuego central bastaría profundizar en la tierra 4 kilómetros cuando mas; á 3,000 metros se tendría ya la temperatura del agua en ebullición. Una cavidad subterránea á esta profundidad sería, pues, un verdadero almacén de calor que se podría considerar como inagotable.

Consideremos antes de terminar que así es como procede la naturaleza en la producción de las aguas termales; precipita manantiales frios en cavidades profundas, cuyo fondo está por lo tanto á una temperatura elevada, y desde entonces el agua que cae fría en estas cavidades subterráneas, hace salir de ella el agua caliente que las llenaba antes. Ahora, bien, las aguas que vinieran de 4,000 metros de profundidad estarían mas aun que en ebullición, y serían mas propias para mil usos industriales. ¿Sería, pues, la dificultad de penetrar á algunos kilómetros de profundidad la que podría oponer un obstáculo cuando hemos visto á los anglo-americanos perforar por medio del vapor túneles inmensos en roca sílicea? En lugar de un túnel horizontal, habría que perforar un túnel en declive, hé aquí todo. Se formaría una escalera de caracol siguiendo un vasto hélice de una inclinación conveniente para un descenso fácil, y sobre todo para construir obras que preservaran las infiltraciones y los hundimientos. El resultado sería un manantial de calor inagotable y durante la perforación con un sistema de ventilación bien entendido, ni los trabajadores ni las máquinas tendrían nada que temer del calor del suelo. Se podría escoger despues de bien examinado, el local, y el tiempo; no habría nada imposible entonces. Hay en Suiza galerías hechas en las rocas que han necesitado siglos de trabajos. Sin embargo, no se necesitaría tanto para lo que decimos, puesto que no se trata en total mas que de un túnel de algunos kilómetros, obra que se hace con mucha frecuencia en la perforación de las vías férreas. Si esto se efectuara así, se puede afirmar que los trabajos que crearan estos manantiales termales artificiales serían tan útiles á la ciencia como á la industria. Por ejemplo, á 4 kilómetros de profundidad el barómetro estaría siempre á una altura de 3 metros y medio en lugar de 76 centímetros que es su altura media en París.

Nuestro siglo es el siglo de las grandes empresas; á cada instante estamos viendo los adelantos progresivos é incesantes de la ciencia; lo que hace poco nos hubiera parecido imposible llega á realizarse en nuestros días; dos de las obras que mas difíciles se presentaban, la perforación del istmo de Suez, y la colocación del cable para el telégrafo entre Europa y América están á punto de terminarse; ¿será, pues, posible que algun día veamos llevar á cabo el proyecto de Mr. Babinet de aprovechar el calor central de nuestro globo para servirnos de él segun nuestra voluntad?

M.

EL SUICIDIO EN ESPAÑA.

Penosa tarea nos hemos impuesto hoy. El alma se acongoja cada vez que la prensa da cuenta de algun suicidio, y nosotros nos proponemos dar á conocer en su horrible conjunto todos los que hasta el día ha registrado la estadística. Dolorosas son las cifras que vamos á esponer, tristes las consideraciones que su exámen sugiere, pero hace ya mucho tiempo que la ciencia viene discutiendo sobre el suicidio, el vulgo tiene tambien formadas sus opiniones en el asunto, y es preciso averiguar, con la luz que los hechos arrojan, hasta qué punto aciertan el sabio y el comun sentir en sus respectivas afirmaciones.

Nada mas frecuente que lamentarse de la espantosa rapidez con que crece en España el número de suicidios, ó discutir sobre las causas que principalmente arrastran á tan desesperado acto, sobre las estaciones, latitudes y edades en que el hombre se halla mas dispuesto á poner fin á su existencia, sobre los medios á que con mas frecuencia recurre para llevar á cabo su estraviado intento y sobre otros muchos estrémos que la curiosidad ó el interés científico distingue en el acto del suicidio. Semejantes discusiones se reproducen cada vez que un hombre se quita la vida; el debate se sostiene á veces con muchísima ilustración, con gran fuerza de lógica y nunca la victoria se declara por algunas de las opiniones sostenidas. No es, sin embargo, extraño. La cuestión es de hechos y los hechos se desconocen.

Para llegar en la materia á principios ciertos, á afirmaciones terminantes, es preciso conocer todos y cada uno de los suicidios ocurridos en una serie mas ó menos larga de años, es indispensable, sobre todo, averiguar los detalles con que se cometieron, y esto es lo que vamos á hacer nosotros, valiéndonos de las noticias publicadas por el ministerio de Gracia y Justicia en su estadística criminal.

Sin partir de ninguna opinion preconcebida, llevando, por el contrario, nuestra imparcialidad hasta el punto de aconsejar á nuestros lectores que todavia no consideren bastantes las cifras que vamos á esponer, porque solo largas series de hechos pueden conducir á juicios exactos; únicamente nos proponemos presentar reunidos los datos publicados hasta el dia, con el objeto de ver hasta qué punto están conformes las afirmaciones de la opinion con los resultados de la esperiencia.

Y en verdad que no se tarda en encontrarlos discordes. Todos los dias oimos decir que el número de suicidios aumenta en España sin cesar y en proporciones muy alarmantes, y sin embargo, la estadística demuestra que no es así, que permanece estacionario. En el año 1859, primero en que se publicó nuestra estadística criminal, se cometieron 198 suicidios, en los dos años siguientes recibieron algun aumento, pero en 1862, á que corresponden las últimas noticias publicadas, su número se redujo casi á la misma cifra registrada en 1859.

Hé aquí las cifras á que nos referimos:

Años.	Suicidios.
1859	198
1860	235
1861	248
1862	211
Total.	892
Promedio.	223

De lamentar es la cifra que arroja el promedio de los cuatro años á que corresponden las precedentes cifras, y deseamos ardientemente que en las publicaciones sucesivas aparezcan los suicidios en constante y manifiesta disminucion; pero si nuestros lectores necesitan consolarse de la desgracia grande que representan 223 personas que al fin de cada año ponen fin á su existencia en un arrebatado de locura ó desesperacion, todavia podemos decirles que España es uno de los países en donde se registran menos suicidios. Comparados éstos con la poblacion, resulta en nuestra patria un suicida (1/4) por cada 100,000 habitantes, y para no citar mas que algunos ejemplos, en Francia corresponden á esta última cifra 10.9 suicidios, en Dinamarca 28.8. Afortunadamente nosotros estamos muy por debajo de estos países.

Clasificados los suicidas segun el sexo á que pertenecen, resultan las cifras siguientes:

Años.	Varones.	Hembras.
1859	144	57
1860	165	70
1861	173	75
1862	151	60
Promedio	158	65

Segun puede advertirse los dos sexos siguen la misma proporción; aumentan en los tres primeros años, y al llegar al 1862, vienen á figurar próximamente con las mismas cifras que en 1859. Tomando por base el promedio de los cuatro años, las hembras representan en España el 29.1 por 100 del total de suicidas. En Francia la proporción es de 24.8 por 100. De suerte que, á igual número de suicidios, en España se registran mas mujeres que varones que en Francia, sin embargo de que en el vecino imperio resultan anualmente por cada 100,000 mujeres 27 suicidas y en España no llega á una, 0.8.

Hé aquí la clasificación de los suicidas registrados en nuestra patria por término medio anual, segun su edad:

Edades.	Varones.	Hembras.
De 16 á 25 años	9	10
— 26 á 30 —	22	10
31 á 40	20	9
41 á 50	22	5
51 á 60	12	4
De 60 en adelante	8	2
De edad desconocida	65	25
	158	55

Comparadas las precedentes cifras con la poblacion de las diferentes edades á que se refieren, resulta que en el sexo masculino la edad en que son mas frecuentes los suicidios es la de 26 á 30 años, despues la de 41 á 50, la de 60 en adelante, la de 31 á 40, y por fin, la de 16 á 25 años, resultados que contradicen la opinion generalmente admitida de que en el hombre disminuye la propension al suicidio á medida que avanza en años por el mayor apego á la vida que adquiere con

la edad. En el sexo femenino la edad que aparece con mayor número proporcional de suicidios es la de 26 á 30 años, siguen luego la de 31 á 40 años, la de 16 á 25 y la de 60 en adelante, y por fin la que presenta cifras mas bajas es la de 41 á 50.

Hé aquí clasificados por orden de mayor á menor los doce meses del año, segun el número de suicidios registrados en cada uno de ellos; julio, junio, abril: agosto, mayo, setiembre, marzo, octubre, diciembre, noviembre, febrero y enero. No es posible presentarse mas manifiesta la influencia de la temperatura, y como análogos resultados se han obtenido en Francia, y en cuantos países se han cuidado de recoger este detalle, resulta nuevamente contradicha la opinion general que considera el mes de noviembre como el mas abundante en suicidios. Chateaubriand atribuye el suicidio que en su juventud premeditó, á la tristeza de los dias de otoño y en una oda publicada en Lóndres á fines del pasado siglo se encuentran estos versos.

November hears the dismal sound,
As slow advancing from the pole,
He leads the months their wintry round:
The blackening clouds attendant roll,....

Es de sumo interés la clasificación de los suicidios segun los medios empleados para su comision; mas para ello es preciso distinguir entre el sexo masculino y el femenino, por qué razones de hábito y mas especialmente de carácter hacen que cada sexo de constantemente la preferencia á medios muy distintos. Los hombres prefieren para poner término á su existencia la estrangulacion ó las armas de fuego; las mujeres el veneno ó la asfixia producida por el agua. En efecto de los 630 suicidas varones registrados durante el cuatrienio 1859-62, 167 emplearon la estrangulacion, 116 las armas de fuego, 93 la asfixia producida por el agua, 89 las armas blancas, 58 se arrojaron de alturas, 44 recurrieron al veneno y 3 á la asfixia producida por el carbon; de 60 se ignora cómo murieron. Las mujeres suicidas fueron 262, y aparte de 20, que no se clasificaron bajo este punto de vista, resulta que 84 se envenenaron, 58 perecieron ahogadas, 51 se ahorcaron, 33 se precipitaron de grandes alturas, 11 se dieron la muerte con armas blancas, 4 recurrieron á la asfixia producida por el carbon y solo una á las armas de fuego.

Clasificados los suicidios cometidos durante los cuatro años á que venimos refiriéndonos, segun los motivos impulsivos, y dejando á un lado 281 en que no pudo hacerse constar esta circunstancia, resulta que 255 suicidios reconocen por causa la demencia, 77 los padecimientos continuos, 66 la miseria, 53 el amor ó los celos, 33 la monomanía, 32 las disensiones domésticas, 24 las deudas, 19 la embriaguez, 8 el deseo de evitar la deshonra, 7 el temor al castigo, 7 la pérdida de intereses, 5 el acceso de fiebre, 4 el mal estado de los negocios, 3 el fanatismo religioso, 2 la pérdida de la mujer, 2 la pérdida de la madre, 2 desgracias de familia, 1 el haber sido objeto de violacion, 1 el no haberse batido en duelo, 1 el fanatismo anti-religioso, 1 el deseo contrariado de profesar, 1 el temor á la persecucion judicial, 1 el hastío á la vida y 1 finalmente el temor al servicio militar.

Las precedentes cifras demuestran que generalmente el suicidio reconoce por causa un acceso de locura, un trastorno mental. Importa, sin embargo, meditar mucho sobre la cifra espresiva de los suicidios impulsados por la miseria, que representan el 11 por 100 de su número total.

Distribuidos los 892 suicidios registrados en España durante el periodo 1859-62, entre las provincias en que tuvieron lugar, corresponden 3 á las de Lugo, Oviedo, Pontevedra y Zamora; 4 á Santander, 5 á Valladolid, 6 á Canarias, Orense y Vizcaya; 7 á Almería y Logroño; 8 á Alava, Cáceres, Coruña, Huelva, Huesca y Leon; 9 á Avila y Palencia; 11 á Baleares y Segovia; 13 á Burgos y Soria; 15 á Alicante, Gerona y Murcia; 18 á Guipúzcoa y Málaga; 19 á Salamanca; 21 á Albacete, Castellon, Ciudad-Real, Guadalajara, Lérida y Tarragona; 22 á Cuenca; 23 á Jaen; 24 á Córdoba; 28 á Teruel y Valencia; 31 á Toledo; 34 á Granada; 35 á Zaragoza; 36 á Sevilla; 37 á Navarra; 42 á Cádiz; 68 á Barcelona y 71 á Madrid.

El orden de menor á mayor con que hemos presentado las precedentes cifras, permite conocer con facilidad las provincias de mas y menos suicidios considerados en absoluto; pero es posible deducir de ellas los países entre cuyos habitantes existe mayor propension al suicidio. Para esto es indispensable relacionar las cifras registradas en cada localidad con su poblacion respectiva, y siguiendo este método, las 12 provincias de mayor número relativo de suicidas son por este orden: las de Madrid, Navarra, Guipúzcoa, Teruel, Cádiz, Guadalajara, Albacete, Cuenca, Toledo, Barcelona, Zaragoza y Soria. Las que presentan proporciones mas favorables, Oviedo, Pontevedra, Lugo, Zamora, Coruña, Orense, Santander, Valladolid, Almería, Leon, Canarias y Cáceres.

Se ha advertido en Francia que el número de suicidas registrados en cada uno de sus departamentos se halla en razon inversa de la distancia á que se encuentran estos de la capital del imperio. En España

no pudo decirse otro tanto; pero se observa, sin embargo, que de las cinco provincias que confinan con la de Madrid, tres las de Guadalajara, Toledo y Avila, figuran entre las doce cifras mas elevadas, y en este número se encuentran tambien las de Albacete, Ciudad-Real y Soria, situadas á corta distancia de la corte. Las 12 provincias de menor número de suicidas, á escepcion de las de Almería y Canarias, todas se encuentran al N. O. de la Península, resultado enteramente conforme con el carácter templado y poco apasionado, que distingue á los habitantes de aquella region.

Tales son los hechos recogidos hasta el dia en España en materias de suicidios. Repetimos que en estadística solo largas series de cifras, observaciones muy repetidas pueden conducir á resultados ciertos; pero mientras no se dispone de ellas, creemos de gran fuerza el auxilio que á la ciencia y á la opinion general pueden prestar las noticias consignadas.

J. JIMENO AGIUS.

DON FRANCISCO ARMERO.

La unanimidad con que al tener noticia de su muerte la prensa de todos los partidos y el pais entero con ella, han pagado un justo tributo de sentimiento y elogio al ilustre hombre público y popular marino cuyo nombre sirve de epígrafe á estas líneas, nos han movido á aumentar con su retrato la galeria de notabilidades contemporáneas que vienen ofreciendo las columnas de El Museo á sus favorecedores.

La biografía del general Armero, cuya vida la constituyen una larga serie de hechos distinguidos y gloriosos, y á cuya historia se encuentra íntimamente ligada la de nuestra marina nacional en su último y brillante período de regeneracion, no cabe en los estrechos límites de un periódico. La notoriedad de sus brillantes servicios, la popularidad de su nombre y de sus hechos, unidos al general conocimiento de los sucesos en que ha intervenido, escusan hasta cierto punto la concision de nuestras noticias que habrán de limitarse á apuntar algunas fechas.

Don Francisco Armero y Fernandez de Peñaranda, entró á servir en la Armada en calidad de guardia marina el año de 1820, logrando distinguirse desde luego por la aptitud, la inteligencia y el arrojo de que dió muestras en el desempeño de sus deberes. Ascendido á alférez de navio en 1828, tuvo ocasion de confirmar las esperanzas que habia hecho concebir á sus superiores arrojándose con inminente peligro de su vida á salvar á un marinero que cayó al agua durante la maniobra. Los detalles de esta heroica accion, que le valió la cruz de la marina de Diadema Real, bastan á dar la mas alta idea de la serenidad y el arrojo que tanto contribuyeron á elevarle y á ilustrar su nombre durante la guerra civil en que la marina tomó una parte activa aprovisionando las plazas sitiadas, conduciendo fuerzas de un punto á otro y arrojándose en varios desembarcos á atacar las posiciones enemigas.

Elevado ya al grado de capitán de fragata, Armero fue uno de los jefes que mas parte tomaron en las heroicas empresas que dieron por resultado el triunfo del trono constitucional, y cuantos conocen la historia de nuestras modernas luchas, saben hasta qué punto se distinguió en la guerra del Norte y en los memorables sitios de Bilbao, mandando las fuerzas navales de Cantabria. Elegido diputado á cortes por la provincia de Sevilla, de la que era natural, vino al parlamento, y durante la corta legislatura que éste estuvo abierto, llamó la atencion por la franqueza con que espuso sus opiniones, y la energía que demostró al sostenerlas. Terminada la mision política que le habian encomendado sus electores, volvió á encargarse del mando de las fuerzas navales de Cantabria, y continuó prestando brillantes servicios á la causa que defendia. En 1840, siendo brigadier, pasó á Cataluña á tomar la direccion de las fuerzas de mar de aquellas costas. En este punto le sorprendieron los sucesos políticos que motivaron su llamada al poder para encargarse de los ministerios de Marina y Gobernacion, que desempeñó hasta que nuevos acontecimientos trajeron á la regencia al duque de la Victoria.

Alejado por algun tiempo de la política el general Armero, volvió á figurar en ella despues de la caida del regente, ocupando de nuevo en 1844 el ministerio de Marina. En esta época echó los cimientos á la inmensa obra de la reorganizacion de nuestra armada, trabajo glorioso al que se dedicó con toda la energía propia de su carácter, y que logró dejar en tales vias de progreso, que puede decirse que son fruto de la semilla entonces plantada cuantos adelantos admiramos hoy.

En 1848, despues de haber sido llevado otra vez á la cámara popular por el voto de sus paisanos, y de haber pasado de ésta al Senado al reformarse aquel alto cuerpo, haciendo vitalicio el cargo de senador, marchó de comandante general al apostadero de la Habana donde cumplió el tiempo de su mando llevando á cabo reformas importantes y prestando nuevos y distinguidos servicios á su pais en aquellas lejanas costas.

De vuelta á su patria en 1837, fue encargado por S. M. para la formacion del gabinete á que dió su nombre, y cuando las circunstancias políticas le pusieron en el caso de retirarse del poder, siguió mereciendo las mas relevantes pruebas de parte de S. M., que despues que hubo ascendido al grado de capitán general de la Armada, le concedió la grandeza de España con el título de marqués del Nervion en memoria de sus hechos gloriosos, y tornó por quinta vez á llamarle á los consejos de la Corona, encargándole la cartera de Marina en el ministerio formado en 1864 y que presidió el general Narvaez.

Con la muerte de este distinguido marino modelo de virtud, de lealtad y de amor á la patria, el partido que se gloriaba de contarle en sus filas, ha perdido uno de sus mas constantes y firmes apoyos, y España toda, uno de sus hijos mas ilustres.

EL BUQUE FRANCÉS CON CORAZA «TAUREAU»

El grabado que damos aquí representa el buque francés con coraza *Taureau*, anclado en el puerto de Tolon á corta distancia de *Solferino*. El *Taureau* es un buque de aspecto extraño, muy semejante á una ballena en la forma de su parte superior, que es convexa y saliente. La proa, que es de bronce, pesa once toneladas y descende á 40 pies bajo el agua. El buque lleva un cañon muy grande montado sobre la torrecilla en la parte delantera. Esta torrecilla, cuya base descende hasta el fondo de la cala, es semejante al torreón de una antigua fortaleza normanda y sirve de último reducto á la tripulacion, porque la del *Taureau* durante la batalla se recogeria si fuera



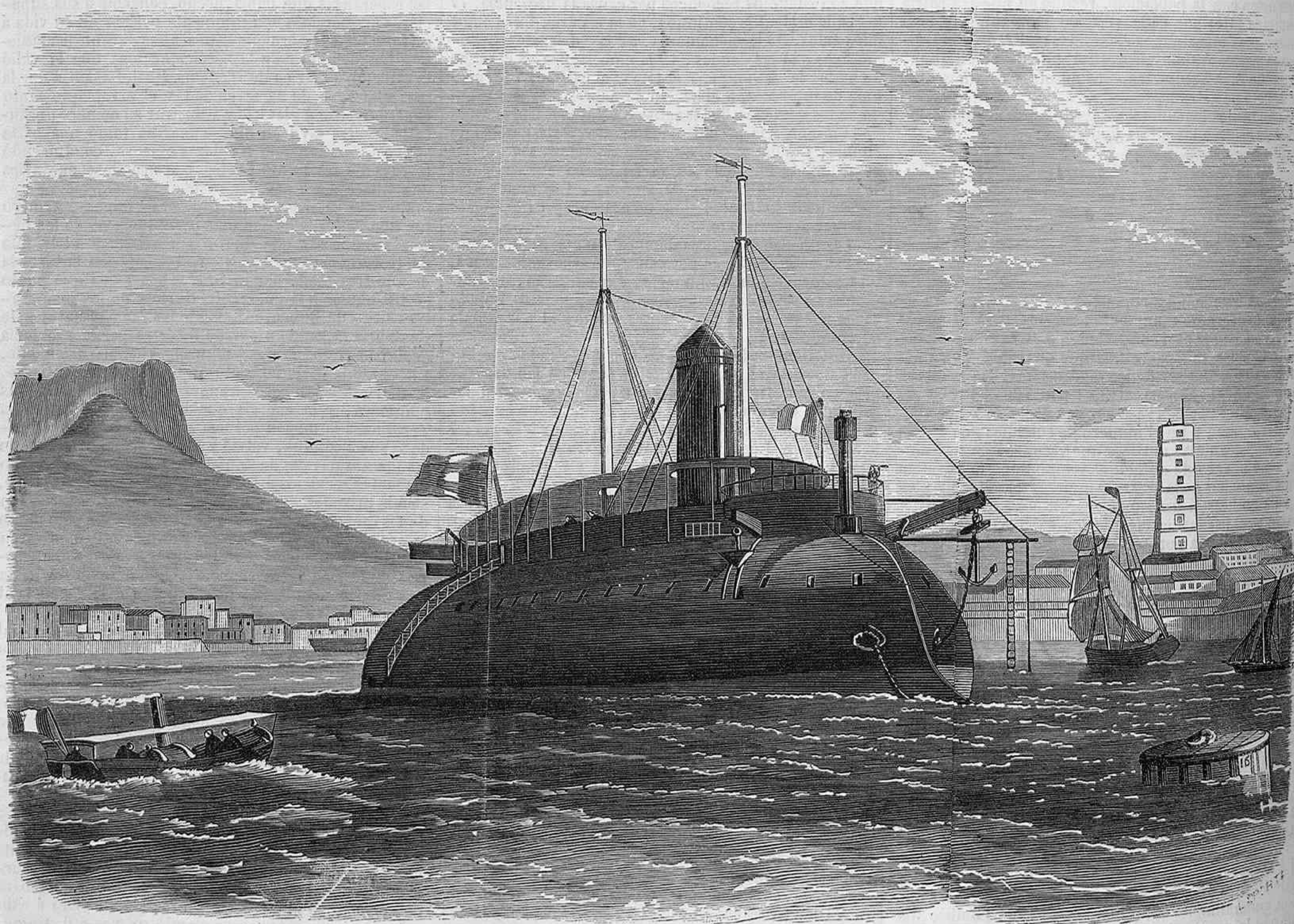
DON FRANCISCO ARMERO.

necesario en la torre, escepto los pocos hombres ocupados en las máquinas debajo del nivel del agua. Los costados de la proa están cubiertos de hierro solamente hasta tres pies sobre el nivel del agua por la parte de en medio y hácia atrás; pero la parte de lantera y la torrecilla están protegidas por una coraza del grueso de 12 centímetros ó sean 5 pulgadas aproximadamente. Cada una de las dos máquinas es de la fuerza de 250 caballos. Las dimensiones del buque sin la figura de la proa son 197 pies de largo por 48 de ancho.

EL ALCALDE.

(TIPO ARAGONÉS.)

Las nuevas formas políticas de nuestro país, el espíritu propio de la época de transición que alcanzamos, y la tendencia á mudar de manera de ser que se advierte en cuanto nos rodea, van concluyendo poco á poco con los tipos mas especiales y característicos de España, entre los que sin duda *el alcalde* era uno de los mas dignos de atención y de estudio. Verdad es que el alcalde subsiste todavía. No hay aldea de cuatro casas que no tenga aun el suyo correspondiente; pero el alcalde de hoy es apenas la sombra del alcalde de ayer. La tendencia centralizadora de la administracion política, la facilidad con que los agentes superiores del gobierno pueden hacer sentir su accion en los mas apartados rincones de las provincias, despojándoles de aquella proverbial autonomia, cuyo libre ejercicio ha consagrado la tradicion con el genérico nombre de *alcaldadas*, le han convertido en un personaje vulgar, que apenas conserva algun que otro rasgo de la primitiva especie. Desde



EL BUQUE FRANCÉS CON CORAZA «TAUREAU».

el trájico *alcalde Ronquillo* hasta el cómico *alcalde de monterilla*, tan popular en los sainetes y pasos de nuestro teatro antiguo, el *alcalde* ha venido siendo por espacio de siglos tema fecundo de estudio y de invención para nuestros cuentistas y poetas. En esta época de tramitaciones y expedientes, de apelaciones al superior y alzamientos en queja motivada, las leyes y los reglamentos, envolviendo la en un tiempo automática autoridad del *alcalde* en una red de limitaciones y fórmulas, le han atado de pies y de manos, lo han vulgarizado por decirlo así, quitándole á su temida vara aquel mágico prestigio en que consistía toda su fuerza moral y material á veces.

No obstante, perseverando en diligentes pesquisas, saliendo fuera de los caminos trillados, y aventurándose por algunos de esos vericuetos en que radican pueblecillos y aldeas cuyo nombre ha olvidado la geografía, aun pueden encontrarse ejemplares curiosos de esa *rara avis*, de esos célebres *alcaldes de montera* que así empuñan el timon del arado, como la vara de la justicia. El tipo que ofrecemos hoy á los lectores de *El Museo*, estudiado aunque ligeramente del natural, por el señor *Becquer*, puede dar una idea exacta del original de esos fieles continuadores de la tradición. Su pañuelo de la cabeza oscuro, sus medias y su calzon negro, su capa de rigor en los actos oficiales, aun en el verano, pues equivale al frac, su baston mayúsculo adornado de las características borlas, todo indica que se encuentra en el ejercicio de sus funciones. Presidente nato de la cofradía del santo patrono del lugar, védele á la puerta de la vetusta iglesia con qué grave dignidad alarga el jarro á sus comensales y brinda el primero en el homérico banquete con que se solemniza la procesion de la venerada imágen. Terminadas las ceremonias religiosas irá á comer á casa del cura con los regidores, el boticario, el albeitar y demás personas notables de la poblacion. Durante la noche recorrerá la aldea, asido á su inseparable vara, poniendo paz entre los mozos, de los cuales mas de uno dormirá en la cárcel.

Al día siguiente, apenas claree la mañana y el rubicundo *Apolo* comience á iluminar el cielo desnudándose el traje de gala y colgando de alguna espetera el venerable baston, nuestro buen *alcalde* tipo y ejemplo de sencillez verdaderamente bíblica, se echará la azada al hombro para ir á cavar la pequeña viña que posee ó caballero en su mula llevará unas cuantas medidas de trigo al mercado de la ciudad inmediata.

Tal es el tradicional *alcalde*, tipo de mejores tiempos. Tal es la figura que aunque con un tinte mas cómico trae aun á la memoria el recuerdo de los reyes pastores, y de la incomparable *Nansica de la Odisea*, sorprendida por *Ulises* lavando en el rio la ropa sucia de sus reales parientes.

ANTON MARTIN.

Era una tarde del mes de marzo del primer año del siglo XVI y un cierzo glacial, procedente de las montañas de Cuenca, soplabá en la aldea de Mira, situada en los alrededores de Requena, obligando á sus vecinos á estrecharse en torno del hogar para hacer mas llevaderas las inclemencias del tiempo. Apresurábanse los labradores á dar la vuelta á sus casas, mientras sus

mujeres les preparaban la comida, y solo alguno mas codicioso ó descuidado permanecía aun en la labranza para dejar la tierra preparada para las lluvias del próximo abril. Nadie se atrevía á atravesar las desiertas calles de Mira, barridas por el frio viento, y ni aun á las puertas de las casas osaban asomarse las personas, no queriendo abandonar el fuego que ardia en la chimenea, ya por pereza, ora por temor á las im-

estaba en cinta, y á pesar de no tener otro guardian que un robusto mastin, hizo seña al pobre peregrino para que se sentase á la lumbre y descansara de sus fatigas.

—Mi marido, le dijo, no tardará en venir, calentáros entre tanto; os daremos de comer, y podeis pasar aquí la noche que amenaza ser una de las mas frias del invierno.

—No puedo detenerme tanto, la contestó el peregrino; me calentará sin embargo en agradecimiento á vuestra caridad, y si podeis socorrerme, aceptaré una limosna que necesito para continuar mi camino.

—Nadie ha llegado á mi puerta, replicó la labradora, que no haya recibido de mi mano el pan de cada día; os daré, pues, lo que pueda, y siento que no aguardéis á mi marido, pues os proporcionaría mas abundante socorro.

—Dios os bendiga, y bendiga á lo que llevais en el seno, repuso el peregrino, y cuando dentro de pocos dias deis á luz un niño, ponle por nombre Anton, para que le sirva de patrono, y libre de las tentaciones el abad que salió triunfante de todas ellas.

Pocos momentos despues salia el pobre de la casa, alegre y agradecido, pues además de una comida abundante, se le habia dado lo suficiente para terminar su camino.

A los pocos pasos del lugar encontró un labrador que venia detrás de su yunta. Terminado el trabajo del día se retiraba temeroso de que le sorprendiese en el camino una noche tan fria como la que se anunciaba. Saludáronse cortésmente y el labrador, compadecido, no pudo menos de detener al anciano peregrino.

—Dónde vais á estas horas, le dijo, pronto será de noche y no encontrareis ningun abrigo contra la helada que se prepara, esponiéndos á morir en estos campos antes de llegar á poblado. Venid conmigo y podreis quedaros en mi casa, donde no os faltará cena y cama, pues mi mujer es muy compasiva, y tiene una verdadera satisfaccion en socorrer á los necesitados.

—Sin duda es vuestra esposa la que me ha socorrido, se halla en cinta y la he indicado ponga á su hijo el nombre de Anton, secundad sus deseos y el cielo favorecerá mis designios.

No extrañó el labrador la contestacion del peregrino, pues conocia á fondo el corazon de su esposa. Bien hubiera deseado terminar su obra, deteniendo á aquel infeliz por aquella noche, pero se negó resueltamente, dándole gracias para espresarle su reconocimiento.

Pocos dias despues, el 5 de marzo del año 1500, nació un hijo á Pedro de Aragon y Elvira Martin, pues tales eran los nombres de los honrados y compasivos labradores de Mira, al que pusieron el nombre de Anton, siguiendo los misteriosos deseos del peregrino. En un principio usó el apellido de su padre y con él obtuvo funesta fama en la carrera del libertinaje, y cuando luego le abandonó con sus excesos, Anton Martin se conquistó una celebridad que conserva todavia á pesar del trascurso de algunos siglos.

Pocos años gozó de las dulzuras del hogar doméstico. Muerto su padre, cuando apenas habia llegado Anton á la juventud, su madre pasó á segundas nupcias con Juan Varea, persona que no fue del agrado de los hijos de Elvira, los que decidieron abandonar la casa paterna, marchando á Granada Pedro de Aragon, y á Valencia el hermano menor, donde sentó plaza para vigía de la costa por no estar acostumbrado al trabajo. Todas las ocupaciones de este cargo, cuyo objeto era avi-



EL ALCALDE, TIPO ARAGONÉS.

presiones de una atmósfera demasiado despacible.

Un individuo sin embargo recorría las calles de Mira; era un mendigo en hábito de peregrino, que llamaba á las puertas é imploraba la caridad de casa en casa. Pero ni su voz ni su traje eran lo mas á propósito para que se incomodasen por él los habitantes de la aldea. Preguntábanle lo que queria desde la cocina, y le despedían todos acaso por no querer privarse del calor del hogar, tal vez porque no conociendo en toda su estension las desgracias de la vida, estaba apagada en su pecho la llama de la santa caridad. El pobre peregrino con torpe paso, helado de frio y guiado únicamente por la esperanza, continuaba no obstante su camino, confiando encontrar algun corazon compasivo. Ya habia recorrido toda la aldea, estaba quizá dispuesto á abandonarla, cuando se detuvo por un momento ante una casa de humilde apariencia, y en cuyo interior se dejaba oír el llanto de un niño. Llama á la puerta, contéstanle desde dentro y le invitan á pasar. Vaciló el peregrino al escuchar la voz de una mujer, mas cediendo á su necesidad, entreabrió la puerta, traspasó el umbral y á los pocos pasos estuvo en la cocina.

Hallábase sentada al lado del fuego una modesta y hermosa labradora que tenia un niño en los brazos

sar la llegada de los piratas berberiscos que infestaban entonces aquellas costas, saqueando y asolando los lugares situados á orillas del mar, y llevándose cautivos á sus vecinos; consistían en hacer algunas horas de centinela y recorrer la costa cuando faltaban las señales ú hogueras encendidas, establecidas en estos sitios para anunciar que no había peligro ni temor alguno.

Este empleo que bastó durante algunos años para llenar las ambiciones y deseos de Anton, no los satisfizo por mucho tiempo.

En el fondo de su alma había una inquietud, cuya causa no podía adivinar, y pareciéndole consistía en la desgraciada suerte que había seguido á su madre en su segundo matrimonio, decidió abandonarle y regresar á su patria para ver si con su presencia podía evitar las desgracias de que era víctima, y las mas tristes todavía que le amenazaban. Marchó, pues, á Mira, donde tuvo el sentimiento de ver que su padrastro había malversado la mejor parte de su hacienda, y que su madre reducida á sufrir y llorar, tenía que someterse á todo género de malos tratamientos. Hubo un instante en que Anton, arrastrado por un vértigo fatal, estuvo á punto de aconsejar á Elvira y proponerle medios reprobados, pero á propósito para poner un término á su cruel situación, mas el respeto que entonces se profesaba al sagrado vínculo del matrimonio, y una voz que le gritaba desde el fondo de su conciencia, no separase á nadie del camino de sus deberes, le hicieron detenerse en sus proyectos, y meditándolo profundamente decidió abandonar por segunda vez el hogar materno para evitarse hasta el pensamiento de cometer un crimen, que cada vez se hallaba mas distante de su ánimo.

Sin embargo, no queriendo alejarse por completo de su madre, se estableció en la vecina ciudad de Requena, donde aceptó un destino de guarda de puertas ó aduanas. En esta humilde y poco lucrativa posición tuvo por algun tiempo á raya á su padrastro, pero la hora de la desgracia había sonado para la familia de Pedro de Aragon, que á la pérdida de su hacienda, á los sufrimientos de su infeliz viuda no debía tardar en unir la muerte del mayor de sus hijos.

Hallábase Anton en Requena cuando supo esta terrible noticia. Pedro de Aragon, dotado de otro carácter y otras condiciones que su hermano segundo, había conseguido hacer una mediana fortuna. Cuando abandonó la casa paterna, se dirigió á Granada, donde permaneció por muy breve tiempo, pues no encontrando en esta ciudad recursos apropiados á sus deseos, marchó á un hogar de aquel territorio llamado Guadafortuna, donde se ajustó como mozo de labranza. Su buena presencia, su laboriosidad y su economía no tardaron en atraer hácia él las miradas de las jóvenes del pueblo. Ya por un exceso de amor propio, ora por la inclinación que siempre produce el mutuo trato, tuvo relaciones amorosas con la hija de su amo, estando á punto de contraer matrimonio. Pero ya no le conviniesen las condiciones que sus padres le impusieron, ora se le presentase otro partido mejor, acabó por casarse con otra joven del mismo lugar, contra lo que todos esperaban. Su desairado amor leno de cólera juró vengarse de aquel agravio, y en efecto, su hijo Pedro de Velasco en cuanto encontró una ocasión favorable, puso término á la existencia de Pedro de Aragon.

Este acontecimiento operó un cambio radical en el ánimo de Anton; él, que hasta entonces se había sacrificado por amor á la paz y sosiego, que había sufrido grandes injurias y agravios de su padrastro, además de consentir en que gastase lo que debía ser algun día su patrimonio, al saber el asesinato de su hermano, ardiendo en ira, decidió vengarle, y abandonando su modesto destino, corrió á Guadafortuna en busca del agresor. Pero á su llegada había huido ya Pedro de Velasco, favorecido por poderosos protectores, los que quisieron ganarle entregándole la herencia de su hermano. Mas Anton, que nada quería para sí, que solo pensaba en el triste fin del compañero de su infancia, que deseaba vengarle aun á costa de su propia vida, recogido el producto de los bienes de Pedro de Aragon, marcha á Mira, se lo entrega á su madre y obtiene en cambio un poder para perseguir judicialmente al asesino Velasco.

A su regreso á Granada ya estaba preso el criminal, y se le había juzgado y sentenciado á muerte. Pero todos los esfuerzos de Anton para apresurar la ejecución de la sentencia fueron vanos é inútiles. Velasco contaba con protectores poderosos, y era conocida la triste situación á que se hallaba reducido el hermano de su víctima, que habiendo entregado el importe de los bienes de Pedro de Aragon á su madre, y no estando acostumbrado al trabajo, carecía de recursos para vivir. Hiciéronsele las mas ventajosas ofertas, y se le propuso una compostura ventajosa, pero se negó á toda avenencia, y continuó sus gestiones para que se llevase á cabo lo dispuesto por el tribunal. Mas en tanto trascurría el tiempo, no se hallaban cumplidos sus deseos, y se veía reducido á la miseria, á la mendicidad. No queriendo recibir nada de sus adversarios, que, aprovechando sus circunstancias, se prevalían de ellas con esa facilidad y ese egoísmo con que se impone el poder á la desgracia, acudió á un recurso es-

tremo, harto peligroso, pero que obtuvo una influencia decisiva en el resto de su existencia.

Su género de vida, un tanto aventurero, le había hecho conocer algunas de esas empresas, á quienes la ignorancia y la impaciencia propia de su sexo, obliga á comerciar con el vicio. Encontró una de ellas en Granada, con la que estrechó sus antiguas y hasta entonces insignificantes relaciones, pasando á habitar á una casa pública de las llamadas á la sazón mancebías, en que ejerció un oficio que no se conoce ya en nuestra época.

Preciso es saber lo que eran entonces las casas de estas mujeres en nuestro pais, para comprender el abismo á que le obligó á lanzarse su necesidad. Separadas del resto de la población y sometidas á ordenanzas especiales, entre las que no escaseaban las higiénicas, aun cuando parezca extraño á los adelantos de nuestro siglo, aquellas infelices, viviendo aisladas y espuestas á los insultos y malos tratamientos de los malvados y no bien intencionados, necesitaban un hombre valiente y decidido que las defendiese, que pusiese orden en el interior y evitase las agresiones exteriores, triste papel de que se encargó Anton, siendo en cambio mantenido y vestido, y contando con otros recursos, sino grandes, lo suficiente para saborear el deseo de venganza que le devoraba, hacer frente á todas las peripecias que se presentasen, y no solo vivir sin el auxilio de los protectores de Pedro de Velasco, á quien no quería perdonar de ningun modo, sino infundiéndoles profundo recelo en vista de su extraordinaria decisión, y de los nuevos y tambien extraordinarios medios con que desde entonces contaba.

Pero el camino que había creído el mas á propósito para la consecución de sus planes, fue precisamente el que le llevó al punto contrario de á donde sus pasos se dirigían, y la Providencia que, velando constantemente sobre su marcha, le había conducido hasta entonces por ocultos rodeos á la consecución de sus designios, no tardó en darle el golpe de gracia, manifestando su omnipotencia y cómo sabe convertir en apoteosis de la gloria el abismo de la perdición.

Había entonces en Granada un varon benéfico, uno de esos hombres que aparecen de tarde en tarde en la humanidad para regenerarla y reanimar sus abatidas esperanzas, el cual se hallaba consagrado á una de las obras mas meritorias que han ideado los siglos, y que solo el cristianismo puede realizar con sus doctrinas de caridad y amor. Este varon justo era San Juan de Dios. Dedicábase principalmente á la conversión de las mujeres perdidas, á las que reducía á una vida arreglada, y no contento con esto, había fundado un hospital para la curación de las enfermedades que tienen su origen en el vicio. Como carecía de recursos para sostener su piadoso establecimiento, pedía limosna por las calles, é inútil es decir las encontraba con mas abundancia en aquellos sitios donde menos podía esperarse, entre las mujeres á que á su vez socorría con ellas, y no como pudiera creer un refinado egoísmo con la esperanza de hacer fructificar en su día aquel pobre socorro, sino porque solo el dolor comprende al dolor, y porque existe un secreto lenguaje que es propio únicamente de los desgraciados. Anton que comprendía este lenguaje, Anton que entre sus estravíos había conservado una virtud, sabia corresponder á su llamamiento, y nunca se acercó á él Juan de Dios sin recibir los socorros de aquel hombre desgraciado, socorros tanto mas dignos de aprecio, cuanto que iban acompañados de estas sublimes y sencillas palabras, que no podía sustituir con nada la mas brillante elocuencia.—Padre mio, encomendadme á Dios,— y sin duda lo hizo así el ilustre fundador del hospital de la calle de los Gomeles, puesto que no tardaron en verse los resultados.

(Se continuará.)

JOSÉ. S. BIEDMA.

APOLO Y CASTALIA.

De amores desdeñado
Cierta galan por niña veleidosa,
Diz que por sus desdenes inspirado,
Lo que yo diré en verso, dijo en prosa:
—De la ninfa Castalia, cierto dia
Enamoróse Apolo;
Y á medida que el dios crecer sentia
Su amor dentro del pecho,
Consumíanle celos y despecho.
Quiso, amante y celoso,
Borrar del orbe la sin par figura
De tan sin par y cándida hermosura,
Y, al efecto, con ánimo ferviente,
Un dia aciago trasformóla en fuente,
Fuente fue renombrada;
Y en ella los poetas recibían
La inspiracion ansiada
Cuando al amor endechas escribían.
¡Oh! si yo nuevo Apolo, ingrata fuera,
Juro que en tiempo breve
Lágrimas muchas derramar te viera
Trocando en fuego de tu amor la nieve.
Viérate en mansa fuente trasformada

Tu murmurio de amor me adormiria;
Y en tu cristal un dia
Bebiera yo la inspiracion, hermosa,
Para cantar tu gracia pudorosa.

EUSEBIO BLASCO.

EL PENSAMIENTO.

Desde el trono del talento,
con potente magestad,
á la eterna inmensidad
se levanta el pensamiento,
y aunque forma su cimiento
la pequeñez de lo humano
por un misterioso arcano
los universos aduna:
Dios le arranca de la cuna
para hacerle soberano.

Si tiende su rauda vuelo
por esa region vacía
rasga la túnica umbría
que nos separa del cielo,
si al brotar de nuestro suelo
se lanza á nuevas regiones
da mundos á las naciones
y su impulso omnipotente
avanza rápidamente
saltando generaciones.

El pensamiento es la esencia
de la inteligencia humana,
es el hombre que se afana
por robar la omnipotencia,
es la hercúlea inteligencia
de los orbes en monton,
y aunque da la inspiracion
á veces con sentimiento,
un mundo del pensamiento
no cabe en el corazon.

Con el Cervantes detiene
la marcha de las edades,
y al dar eternas verdades
un mundo en él se sostiene,
con él entre siglos viene
Murillo á pintar su historia,
Miguel Angel su memoria
con él, nos deja esculpida,
que fue pequeña su vida
para contener su gloria.

Con el Lope y Calderon
copiando á la humanidad
forman de inmortalidad
su soberbio panteon;
con él en nuestra nacion
se vivifica lo inerte,
y el brazo del genio, fuerte
vive en la tierra un momento,
pues la vida del talento
tiene su cuna en la muerte.

El es tesoro gigante
del hombre que le aprisiona,
él es la imperial corona
de un siglo mas arrogante;
su carrera delirante
tiene á Dios por elemento,
así en alas del talento
Dios con su genio profundo
camina desde su mundo
al mundo del pensamiento.

ANGEL MONDEJAR Y MENDOZA.

POR SEGUIR LA CORRIENTE.

CUENTO QUE PICA EN HISTORIA.

(CONTINUACION.)

—Pues ya verá usted dentro de poco, cómo al anunciar una belleza no he exagerado.
—Estoy convencido de ello, y me hallo dispuesto á admirarla.
Don Donato guiñó los ojos, movió la cabeza dos ó tres veces y añadió con tono entre serio y burlesco:
—Si quiere usted creerme, bueno será contener esa admiracion.
—¿Por qué?
El buen hombre empezó de nuevo sus gesticulaciones y acercándose á mí.
—¿Ha leído usted el *Otelo*? me dijo.
—Si.

- Pues entonces ya conoce usted á mi cuñado.
—¿Es celoso?
—Inaguantable, endiablado.

II.

A pesar de su tono confidencial, fue reprendido por su mujer con una mirada que le hizo continuar diciendo en voz baja.

—Mi mujer no quiere que se hable de sus ridiculeces delante de los criados. Despues referiré algunas de ellas.

Nada hay mas comun que una mujer bonita y un marido celoso; sin embargo, aquella introduccion habia escitado mi curiosidad y esperaba con impaciencia que los criados se retirasen. Al fin desaparecieron despues de haber servido los postres, segun la costumbre establecida, y ya sin pensar si cometia alguna indiscrecion, iba á recordar á nuestro huésped su promesa, pero se anticipó á mi demanda.

—Señores, dijo dirigiéndose á los riojanos; ustedes ya han visto á Malagarriga, pero estos amigos no le conocen; por lo tanto, y con el fin de evitar cualquier disgusto intempestivo, voy á contar la célebre aventura de Biarritz.

—Veamos, pues, dije.

—El año pasado fue con su mujer á dicho punto á tomar los baños, y como es tan amable y linda se encontró rodeada de un sinnúmero de adoradores que se disputaban el honor de bailar ó cantar con ella. Nada mas natural que esto, y de cien maridos los noventa y nueve lo habrian mirado con indiferencia; pero el bueno de Malagarriga es un hombre atroz; se puso furioso, y una noche pidió una satisfaccion delante de muchas personas á uno de los galanes que mas le incomodaban: el jóven trató de echarlo á broma, hasta que un terrible bofetón le obligó á mirar con mas seriedad el asunto. A esto siguió un desafio y Malagarriga rompió una pierna á su contrario, de manera, que el infeliz no bailará mas porque fue preciso cortársela; todo el mundo negaba la razon á mi cuñado, la justicia intervino y él mismo se constituyó preso. Para concluir; tres meses estuvo encerrado mientras se sustanciaba la causa, y se tuvo por muy dichoso con que el jurado francés le absolviera. Ya están ustedes, pues, prevenidos señores viajeros: cuando vean ustedes á mi cuñada admírenla, pero de lejos y en silencio. De otro modo se espondrán á un lance desagradable.

—Usted quiere hacer de su cuñado un tigre; exclamó Rojas, sonriendo irónicamente.

—Pues bien, no haga usted caso y manifiéstese enamorado de su mujer, repuso don Donato, ya verá usted lo que le sucede.

—Yo por mi parte me guardaré de ello, añadió Rojas, porque aun cuando no soy bailarín, estimo en mucho mis piernas.

Esta broma hizo reír á los convidados; solo la mujer de Perez conservó una seriedad glacial y levantándose repentinamente, interrumpió una conversacion que parecia desagradarla sobremedera.

La contradiccion es natural en el hombre, y yo tuve pronto prueba de ello, porque la advertencia de nuestro huésped produjo en mí un efecto contrario al que se proponia. Aquella mujer á quien nunca habia visto se apoderó de mi imaginacion: sabia que era hermosa, suponíala mortificada por los celos de su consorte; y para mi alma aficionada por su juventud al romanticismo, este último atractivo era acaso mas incitante que sus naturales gracias. Es indiscutible que á las manzanas de oro del jardín de las Hespérides daba mayor valor el dragon encargado de custodiarlas.

Luego que tomamos café nos paseamos algun tiempo por el jardín, pero la frialdad de la tarde nos hizo volver muy pronto y entramos en el salon donde al momento se organizó una partida de tresillo. Por primera vez sentí no conocer este juego, pues habiendo tomado asiento don Donato, Rojas y los dos riojanos, me quedé solo en frente de la señora de la casa. El diálogo era difícil pero el silencio hubiera sido ridículo: así, pues, entablé la conversacion valiéndome de trivialidades, hasta que fui interrumpido por mi interlocutora, la cual me dirigió con tono incisivo la siguiente pregunta.

—¿Es usted quien ha tenido la feliz idea de venir á vernos?

—Preciso es dar al César lo que es del César, contesté en tono de confianza amistosa: me creo muy dichoso por haber acompañado á Rojas, pero á él solo pertenece la idea de este viaje.

La mujer de Perez movió la cabeza de un modo que queria decir.—Bien segura estaba yo de ello: y mirándome fijamente repuso:

—¿Son ustedes muy amigos?...

—Le trató desde la niñez.

—Es decir, que nada se ocultarán ustedes.

Esta frase fue articulada con tono tan espresivo que á mi vez la dirigí una mirada indagatoria.

—Señora, respondí bajando la voz; hay cosas que ni al mejor amigo se confían.

En aquel momento el ruido de un coche y los chasquidos del látigo del cocheró se dejaron oír. Al escu-

char este ruido mi interlocutora se levantó dejando escapar un gesto de disgusto, y salió sin decir una palabra: los jugadores continuaron imperturbables su partida, y yo sentí una palpacion extraordinaria que me hizo creer que no estaba tan estragado como mis sueños de pollo me habian hecho creer.

—El corazón me palpita, pensé embriagado por aquella juvenil emocion. ¿Significará esto que voy á enamorarme?

Confieso mi debilidad: en aquel momento me levanté y miré al soslayo mi figura en un espejo contiguo, quedando como de costumbre poco satisfecho de ella. Despues de atufarme un poco el cabello, me arreglé el nudo de la corbata y me recosté en el ángulo de la chimenea en una actitud que á mi entender no carecia de elegancia, y así esperé como quien dice sobre las armas, á la mujer á quien tan dispuesto estaba á reconocer como reina de mi albedrío.

Abrióse por fin la puerta del salon y apareció la mujer de Perez, dando el brazo á la recién llegada. El marido tigre las seguia; pero en el primer instante no fijé en él la atencion porque mis ojos estaban fijos en su interesante esposa.

Mas jóven que su hermana, es decir, de unos veinticinco años, ofrecia en toda su fisonomia el tipo grave fino y apasionado de las razas meridionales. El color de su tez era moreno y pálido, la espresion de sus ojos ardiente y disimulada.

Adelantóse con lánguida dignidad hácia nosotros y alargando la mano á don Donato, acogió con finura, pero al mismo tiempo con seriedad, mi saludo y el de los jugadores que á su llegada se habian levantado.

Don Homobono Malagarriga, el marido feroz, era un hombre como de cincuenta años, rechoncho y grueso: su figura correspondia muy bien á la de un capitán de cazadores retirado: tal era el puesto que ocupaba desde que una grave herida que recibió en la guerra de Africa, le obligó á dejar el servicio. Su tez cobriza se enrojecia á la menor emocion con la misma violencia que si estuviese acometido de un accidente apoplético: su pelo rapado comenzaba apenas á encanecer y formaba un crespo cepillo sobre su cabeza: una larga cicatriz junto á la boca, y un dedo menos en la mano izquierda, manifestaban que en el ejército habia sabido corresponder á lo que su enérgico semblante ofrecia, y daban un valor real á la cinta encarnada que adornaba su levita azul abotonada hasta el cuello como resto de sus militares costumbres.

En el momento en que concluí de tomar sus señas, los riojanos, don Donato y Rojas, volvieron á continuar su interrumpido juego: Malagarriga se tendió sin ceremonia sobre un sofá, y las dos hermanas se colocaron juntas en un confidente, comenzando en voz baja una conversacion, cuyas apariencias me prohibian que tomara en ella parte. Alejéme, pues, directamente, ocultéme detrás de la mesa de juego, y mirando de nuevo á la cuñada de Perez, la encontré mas hermosa aun de lo que al princpio me habia parecido. En efecto, ¡qué encantadora aparecia negligentemente sentada, con la cabeza inclinada al descuido, y asida de la mano de su hermana á quien parecia escuchar con desdenosa sonrisa!

Cuando me compadecia de la mujer sujeta al despotismo de un grosero soldado, volvió hácia mí la cabeza y sus brillantes ojos se fijaron sobre los míos con una espresion tan melancólica, tan penetrante, que me sentí conmovido hasta el fondo del alma. El extraño sentimiento que escitó en mí aquella mirada, se explica fácilmente diciendo, que yo no estaba acostumbrado á tales favores.

Esta confesion, lector, mortifica un tanto mi amor propio, pero es necesaria para la claridad de mi historia. La felicidad de ser hermoso ha encontrado muchos poetas, y si la desgracia de ser feo, pudiera dar ganas de cantar, tendria yo sin duda grandes títulos para templar mi lira. Ahora bien, nacido con un corazón sensible y una imaginacion romántica, es inútil decir cuánto me habré desesperado la incontestable fealdad de mi fisonomia; porque las mujeres por mas que afecten indiferencia sobre las cualidades físicas del hombre, la verdad es que el talento que encuentra mejor acogida en ellas es el que tiene ojos mas elocuentes y dentadura mas blanca.

Reducido á mi táctica y á mi pobre figura, habia sin embargo encontrado alguna que gustase de mí; pero mis victorias muy escasas en general, eran además sumamente costosas. Si alguna vez triunfaba se debía á mi terquedad, pero jamás habia podido envanecerme con una de esas provocaciones dulces y amorosas que quieren decir «ámame y sabré ahorrarte la mitad del camino.» ¡Nunca hasta entonces Galatea, despues de tenderme la mano, habia huido hácia el bosque para incitarme á seguirla! La mirada espresiva de aquella hermosa mujer era, pues, una novedad al mismo tiempo que un favor. Casada con un hombre indigno de ella, decia para mí, esta mujer será forzosamente muy desgraciada. Los desgraciados buscan simpatías, y cuando creen haberlas encontrado las acogen agradecidos. Verdad que no soy hermoso; pero acaso tenga demasiada mala opinion de mi figura.

Por otra parte, ella habrá leído en mis ojos el vivo interés que me inspira, habrá adivinado que tengo un

corazón capaz de comprender el suyo, habrá reconocido en mí un admirador apasionado, y querrá darme gracias con su mirada de doliente paloma.

Instintivamente tomé la actitud que conviene al tierno papel de amigo de una mujer desgraciada: crucé los brazos sobre el pecho, é inclinando la frente con aire melancólico, continué mirándola, convencido ya de que no la desagradaba con mi incesante contemplacion. Por mas presuntuoso que esto fuera, mis conjeturas no tardaron en verse realizadas. Una segunda mirada, mas dulce, mas fija que la primera me hirió de frente. Me conmoví entonces; pero mi conmocion, mi enagenamiento, fue turbado al punto por un fuerte ruido de porcelana rota que interrumpió el silencio repentinamente.

Todos volvieron los ojos hácia don Homobono Malagarriga, el cual acababa de levantarse con la impetuosidad de un tigre herido, haciendo caer con la violencia de su movimiento un velador cargado de juguetes y tazas de china.

—¿Qué mosca te ha picado? exclamó don Donato mirando con tristeza los pedazos esparcidos por el suelo. ¿Crees que son marroquíes armados mis lazas del Japon?

—¿Dispensa! Me habia dormido; contestó Malagarriga con ronco acento.

Una mirada furiosa que lanzó al mismo tiempo á su mujer me dijo lo que debia pensar de semejante escusa.

—Tienes un sueño muy agitado, murmuró sonriéndose el bolsista, pero si tienes gana de dormir, ¿por qué no te vas á la cama?

—Eso es justamente lo que voy á hacer, replicó el celoso en tono mas apacible. A las once y media me parece que es ya tiempo de retirarse. Vamos Elisa, añadió dirigiéndose á su mujer, estoy á tus órdenes.

La interpelada se levantó sin hacer objecion alguna.

III.

Aquella obediencia pasiva tan rara en una mujer hermosa, me confirmó en la idea de que tenia que habérmelas con el mas absoluto de los despotas y con la mas humilde de las esclavas. Salieron ambos esposos y el salon me pareció un desierto. Esperé con impaciencia que se acabara la partida de tresillo, y cuando al fin concluyó, dejando á cada cual en libertad para retirarse, bajo pretexto de fumar un cigarro acompañé á Rojas á su cuarto.

—¿Qué te parece la mujer del capitán? le pregunté.

—No es fea, contestó con indiferencia.

—¿Que no es fea? repetí yo muy enojado. ¿La has mirado bien?

—Sí; pero desde luego digo que prefiero á su hermana.

—No lo dudo, exclamé chanceándome: y ya era tiempo de que entregases la carta y hablásemos francamente.

—¿Que yo entregue la carta! ¿Por qué?

—¿Negarás que haces el amor á la de Perez?

Rojas me miró fijamente.

—¡Oh! ¿Con que has descubierto todo eso? dijo pasado un instante con un tono en que creí entrever mas burla que mal humor.

—No soy sordo ni ciego. En conciencia debieras habérmelo dicho, en vez de obligarme á adivinarlo.

Rojas tomó dos ó tres fumadas seguidas, y poniendo despues el cigarro sobre la chimenea:

—¿Con que es preciso que juguemos á cartas vistas? me dijo con bondadosa sonrisa. ¿Con que tú pretendes que yo estoy enamorado de la mujer de nuestro huésped? Bien, sea así; pero confiesa por tu parte que las miradas *esquinas* con que su hermana te ha obsequiado, no son para tí del todo indiferentes.

—¿Te burlas de mí? Le interrogué con interior alegría, al ver confirmadas mis propias observaciones por un testigo desinteresado.

—No lo niegues: esta noche has obtenido de ella una atencion sobrada significativa.

—Pura curiosidad; dije con tono modesto.

—Tal vez. ¿Pero no es la curiosidad el motor universal, la fuente fecunda, de donde todo mana? ¿A qué debemos sino el descubrimiento de las Américas, el empleo del vapor y otros adelantos? El amor mismo, ¿qué es sino una ardiente curiosidad empleada en un solo objeto? Créeme pollo; añadió dando en mis espaldas una amistosa palmadita; la mujer curiosa hoy, se habrá enamorado mañana, sabiendo facilitarla la transición.

Rojas se espresaba con entusiasmo, y á mí no me tocaba contradecirle, pues participaba de sus mismas convicciones. Contentéme, pues, con sonreír como un hombre que solo desea dejarse convencer de la realidad de sus triunfos.

—Hace poco te he contrariado por oírte; prosiguió mi amigo; pero la verdad es que encuentro á la mujer de don Homobono estremadamente hermosa, y que en tu lugar me importaria poco disgustarle.

—Pues lo mismo me sucede á mí, contesté con aturdimiento.

Pronunciadas estas palabras, las preguntas de mi amigo me arrancaron una *confesion general*. Al saber



MEJICO.—INDIAS DE TIERRA CALIENTE.

Viaje no tenía mas motivo que la pasión violencia y mal recompensada que há tiempo la habia inspirado la mujer de Perez y hechos ya confidentes mútuos nos separamos en perfecta armonía.

Al día siguiente no ví á la señora de mis pensamientos hasta la hora de almorzar y me pareció que estaba triste. Aunque yo en el fondo me sentia con excelente humor, creí deber acompañarla en su tristeza, porque en el amor, lo mismo que en la música, hay un tono dado al cual es preciso adaptarse rigurosamente. El obligado de melancolia de que trato, no es cosa de muy difícil ejecución. Un enamorado melancólico no tiene precision de ser galante ni aun atento siquiera. En cambio puede estar taciturno, fastidioso, ensimismado, y cuanto mas libre curso dé á sus escentricidades, mejor representa su papel que es agradable casi siempre.

Hay, sin embargo, un escollo cuyo riesgo debo indicar: este escollo es la comida. En el desayuno apenas comió nada Elisa, y esto con aire tan distraido, que al momento conocí la falta irreparable que cometeria manifestando un voraz apetito. En efecto, ¿qué cosa menos simpática para una mujer sentimental, que un hombre que come á dos carrillos?

—¿Está usted malo? me preguntó don Donato que al fin notó mi heroica parquedad.

—No, contesté.
—¿Entonces está usted enamorado? repuso con tono zumbon.

Esta vez, por toda respuesta me contenté con sonreír; y casi al mismo tiempo dirigí una mirada llena de apasionado sentimiento á la mujer del capitán. Otra mirada aun mas tierna recompensó aquella confesion muda, pero por desgracia no fui yo solo quien

la causa del desastre, cuyas víctimas fueron las tazas del Japon, soltó una carcajada tan franca, que yo mismo no pude dejar de reír.

En cambio de mi franqueza, Rojas acabó por confesarme que yo habia adivinado perfectamente, que su

se apercebí de ella porque el celoso marido tenia una vista excelente. Esta vez, como el día anterior el efecto que le produjo fue bastante grotesco: ocupado en trinchar una magnífica perdiz, se le fué la mano, y cada pedazo saltó por un lado de la mesa.



MEJICO.—INDIA DE TIERRA CALIENTE.

Este hecho pueril en sí mismo tenia un sentido trágico, cuya interpretacion no era difícil: yo era sin duda quien sacaba de quicio al capitán de cazadores.

(Se continuará).

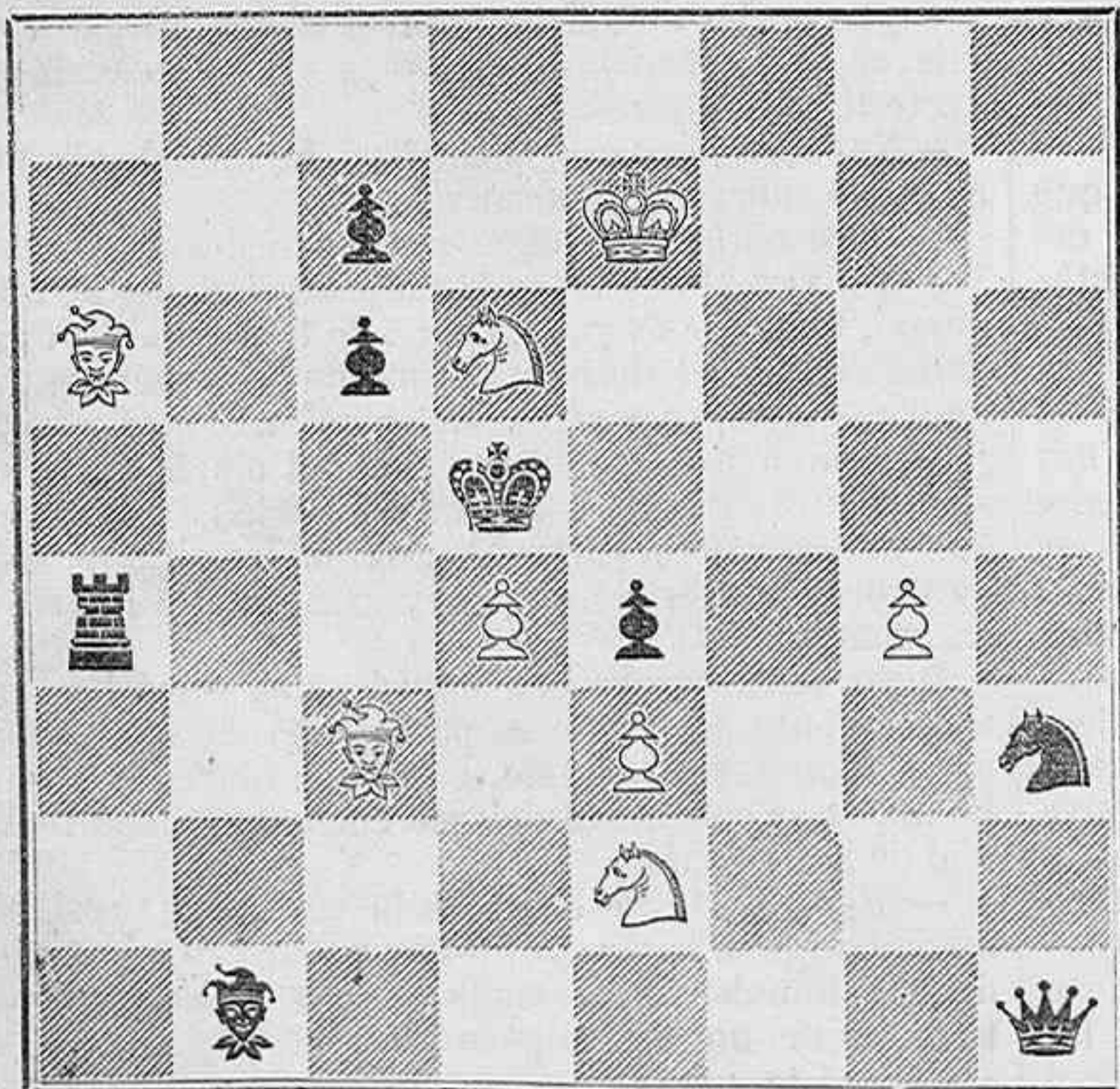
MANUEL VALCARCEL.

JUEGO DEL AJEDREZ.

PROBLEMA NUM. 60.

POR DON V. L. NAVALON.

NEGROS.



BLANCOS.

LOS BLANCOS DAN MATE EN CUATRO JUGADAS.

SOLUCION DEL PROBLEMA NUM. 59.

Blancos.

Negros.

- 1.^a C 8 R
- 2.^a D 6 C R
- 3.^a C 3 D jaq. mate.

- 1.^a T t C (A) (B) (C)
- 2.^a C 5 A D (1)

(1)

- 1.^a
- 2.^a
- 3.^a A t P ó D ó R j. mate.

- 2.^a P 7 C D ó T C D

(A)

- 1.^a
- 2.^a A 2 C D jaq.
- 3.^a C 6 D jaq. mate.

- 1.^a C 5 D ó 4 C R
- 2.^a R 4 A R

(B)

- 1.^a
- 2.^a P 4 R jaq.
- 3.^a A 2 C D jaq. mate.

(C)

- 1.^a
- 2.^a C 6 C R jaq.
- 3.^a D 4 C R jaq. mate.

- 1.^a C 5 C D juega.
- 2.^a R juega.

SOLUCION DEL PROBLEMA NUM. XXX.

- 1.^a A c T D
- 2.^a P 4 A D jaq.
- 3.^a P t P de R j. mate.

- 1.^a P 5 R
- 2.^a P t P.

SOLUCION DEL PROBLEMA NUM. XXXI.

- 1.^a P 4 D
- 2.^a D 7 C D jaq.
- 3.^a D 7 A D jaq. mate.

- 1.^a P 5 A D
- 2.^a P t P

En el próximo número publicaremos las soluciones exactas recibidas de los anteriores problemas.

LA VUELTA AL MUNDO.

Viajes interesantes y novisimos por todos los países, escrito por los mas célebres viajeros modernos, con grabados por los mejores artistas.

Se han publicado los tomos 1.^o, 2.^o, 3.^o y 4.^o de esta importantísima obra, y se están repartiendo las primeras entregas del 5.^o

El precio de cada entrega es el de diez cuartos en toda España.

Se remite una entrega 1.^a al que la solicite.

Se ha dado principio al tomo 5.^o con un *Viaje á Méjico*, que es sin duda uno de los mas curiosos de la coleccion, tanto por el interés que naturalmente nos inspira, cuanto se relaciona con un país que conquistamos y dominamos largo tiempo, como por que las brillantes descripciones de una tierra privilegiada, la pintura de las costumbres de sus habitantes y el estudio de sus antiquísimos monumentos, abren ancho campo á la imaginacion, al par que ofrecen una lectura instructiva. Al *Viaje por Méjico* seguirán otros no menos interesantes y curiosos.

SOLUCION DEL GEROGLIFICO DEL NUMERO ANTERIOR.

La mujer me gusta con el traje de la verdad.

DIRECTOR Y EDITOR RESPONSABLE; D. JOSE GASPAR.
IMPRESA DE GASPAR Y ROIG, EDITORES: MADRID, PRINCIPE, 4.